



Nota

Puesto que estamos en el "Inicio" entiendo que lo primero que debo hacer es mostrar el [aspecto original de esta página](#), el que se supone o supongo yo al menos que tuvo que tener algún día y seguiría ofreciendo casi idéntico si no hubiera desaparecido, por un lado, y, por otro, si yo no hubiese llegado nunca a ella tan sólo por haber encontrado aquel cuadernito que...

Pero lo encontré, ¿qué quiere que haga?

¡Ignorarlo!

Se me acaba de ocurrir que pude ignorarlo y... bueno: "*No he visto nada*".

Pero lo vi, en cuanto llegué, no a la página - que eso fue después - sino a esta casa; el cuadernito, cubierto de polvo, en uno de los estantes vacíos de una estantería blanca, sucia, renegrida, de escayola, feísima...

Era un cuadernito muy delgado, en tamaño folio, que en la portada... Pero para qué hacerle perder su tiempo tratando de imaginar lo que yo pueda describirle cuando lo más seguro, porque eso pasa siempre con las descripciones por muy fiel a la realidad que quiera ser el que las hace, es que la conclusión a la que usted llegase no se pareciera en nada al original que pretendo mostrarle; así que he pensado que lo mejor va a ser que sea yo misma quien pierda el tiempo mío y allá yo que ya lo recuperaré cuando tenga un ratito, y le indique, paso por paso, los que deberá seguir para verla usted mismo.

Paso nº1: pulse aquí.

Paso nº2: pulse sobre la gatita Nonina.

Paso nº3: No pulse en ninguna parte y baje directamente hasta donde se lee [Mírela, esta es](#).

Paso nº4: Pulse y mire.

Paso nº5: Vuelva aquí para seguir leyendo.

La ilustración, de trazo tan infantil, y el hecho de que estuviera impreso en letra muy grande me hicieron suponer, en aquella primera ojeada que le dediqué, que se trataría de un cuento para niños.

Pero... *¡Qué título tan estafalario!*, pensé según lo depositaba de nuevo sobre la estantería polvorienta que... *¿No deberías limpiarla un poquito?*, me pregunté.

Me contesté que ya lo haría, cuando estuviera instalada, y me dediqué un rato a fumar cigarrillos paseando, de pared a pared, echando la ceniza al suelo y cuenta de si iba yo a tener tantos cuadros para tapar todas las marcas que habían dejado los del propietario anterior... *¡Qué título tan estafalario!*

Así que, como el camión de la mudanza no llegaba, terminé poniéndome las gafas y sentándome en el suelo y... *Bueno, te leeré, aunque sea;* y enterándome de que estaba dedicado en noviembre de 2007 a alguien cuyo nombre era Alicia, y de que hay dos cosas claras y que no ofrecen el menor resquicio a la duda, y de que una de ellas — aunque eso voy a saltármelo porque usted, desobedeciendo mis instrucciones, habrá pulsado donde no le dije en ningún momento, porque no se lo dije y me acuerdo muy bien, que pulsara, y habrá leído usted mismo lo que yo pudiera decirle pero voy a callarme cansada de que no me haga caso; y de que a cuenta de no sé qué baulito existía, en fin, o había existido alguna vez, esta página web...

Mira: ha rimado.

Pensé *¡vaya bobada!* - del cuaderno, claro - y lo volví a poner en el estante; y encendí otro cigarrillo, y luego otro, paseando, de pared a pared; y seguí echando la ceniza al suelo y cuentas de si iba yo a tener tantos cuadros para tapar tantas marcas porque... *¿Qué otra cosa podría hacer?*

Dediqué un buen rato a cavilar la forma de ingeniármelas para pensar en otra cosa; discurrí tanto que, lo recuerdo con claridad pese a haber pasado tantos años, hubo incluso un momento en que llegué a desear fervientemente tener una escoba, una sencilla y vulgar escoba para barrer tantas colillas desperdigadas por el suelo porque, aparte de que con la radio, o con mi ordenador, por supuesto que ni soñar, la habitación

empezaba a estar hecha una cochambre pero, consideré, tampoco tenía cubo de la basura ni router para poderme conectar a Internet... “¿Qué otra cosa podría hacer?”.

Creo que me empecé a poner nerviosa, a impacientarme; y sé que me puse de pie y miré por la ventana y vi el cielo azul con alguna nube que tapaba el sol y, al poco, la nube se movió y el sol entró hasta la pared de enfrente y pensé *necesitaré unas cortinas* y, cada vez más irritada al filo casi de la histeria, que si es que los cigarrillos se me tenían que terminar también.

Sonó el móvil.

Sentía tal ansiedad porque algo, lo que fuese, pusiera fin a aquella sensación de algo tan parecido a la impotencia que me abalancé sobre el bolso tirado en un rincón y lo busqué, el móvil, afanosamente, pero cuando logré esquivar la pitillera, el monedero, los guantes, el paquete de kleenex, una cajita con chicles, un pasador de pelo, una barra de labios y dos pilas gastadas había dejado de sonar... ¿Qué podría hacer?

Por fortuna volvió a sonar de inmediato y pude, entonces sí, responder en seguida *¿quién es?*

– Aquí, señora, del camión – dijo una voz.

– ¿Qué camión? – le dije yo.

– El de la mudanza – contestó.

– ¿Qué mudanza? – pregunté.

Quiso él saber entonces si yo era Fulanita de Tal, y si estaba esperando un camión de mudanzas en tal sitio.

Y yo le dije entonces que sí, y que estaba terriblemente nerviosa, casi desesperada porque no había derecho a...

El hombre me interrumpió que lo entendía...

– ¿Cómo puede entenderlo? – le interrumpí yo.

– Pues lo entiendo, señora; créame – aseguró, con mucha convicción.

– Oh, sí, claro: “créame”... Usted no sabe lo que es...

– Pues claro que lo sé.

– ¿De veras?, ¿sabe usted de verdad lo que es llevar horas en una casa vacía, sin ni una silla en que sentarse...

– Sí.

– ¿Y sin cortinas con el sol entrando hasta el pasillo...

– Sí.

– ¿Y con el suelo lleno de colillas y las paredes llenas de marcas de cuadros que no sabe si podrá tapar...

– Sí, lo sé.

– ¿Y sin poder hacer otra cosa que leer y releer un cuadernito con un título del todo estrafalario que...

Él dijo entonces que era absurdo perder el tiempo en semejantes bobadas; y yo quise protestar que eso se dice muy fácilmente, pero él atajó con que lo mejor iba a ser que colgásemos y él continuara su camino *llegaría en “apenas unos minutos, cálmese”*.

Le dije *de acuerdo* y me disponía a colgar pero se me vino a la cabeza que me había quedado sin tabaco; por eso casi le grité *oiga, pero...* y él insistió en su *cálmese*.

Le expliqué entonces que es que a mí el fumar me tranquiliza mucho, pero se me habían terminado los cigarrillos; y como no conocía el barrio y cabía la posibilidad de que tuviese que andar dando quién sabía cuántas vueltas hasta conseguir dar con un estanco, si en vez de sólo unos minutos se demoraba él un poquito más, ya que llevábamos total tanto retraso...

El dijo entonces *no se preocupe, márchese sin prisa* y que comprara tabaco o cualquier otra cosa que me apeteciera; lo que fuese.

Que me marchara a donde quisiera y a comprar lo que quisiese para calmarme mientras esperaba.

Y colgó.

Y yo agarré mi bolso y salí, a la calle a comprar tabaco y, ya que estaba, por qué no también ya que estaba ahí tan cerca que lo había visto en el taxi al venir, unos canelones o una bandejita de lasaña en el Vips...

Mira, ha vuelto a rimar.

Unos canelones o una bandejita de lasaña que luego, para cenar, calentaría en el microondas porque... ¿qué otra cosa podía hacer?

Pero no quiero pensar en aquellos canelones, ni en la lasaña; creo que ya nunca más querré pensar en canelones ni en lasañas aunque me esté muriendo de hambre; si me acuesto algún día, noche, con el estómago vacío y no puedo dormir imaginaré pasteles, o un filete con patatas, o... yo que sé, *yo que sé*, sí, claro, pero eso lo sé ahora que he ensayado, adquirido práctica, ahora que si se me viene a la cabeza un plato con canelones o con lasaña, con su parmesano por encima, bien doradito y gratinado lo destierro de inmediato de mi mente pero, entonces... ¿qué otra cosa podría hacer?

Estuve ojeando libros, en el Vips; y fisgando objetos para regalo sin demasiado sentido porque, aunque algunos me parecían del todo absurdos, otros se me antojaban perfectamente prácticos para obsequiarlos a algún determinado tipo de persona que ni pertenecía a mi círculo de amistades ni llegaba, a lo mejor, a conocer jamás pero me hacía gracia imaginar aunque no me terminasen de gustar del todo pero... ¿qué otra cosa podía hacer?

Recuerdo un juego de ajedrez, empezado, gigante, como de un metro cuadrado de extensión y un caballo blanco que me despejó, un poco, por lo menos, cavilando que no era posible que, en una partida tan recién empezada, hubiese un caballo blanco en una celdilla negra; y que

lo coloqué con disimulo en el F3 que con mis escasos conocimientos de ajedrez podía ser el único lugar razonable y me di media vuelta aunque pensando si no estaría habiendo alguna posibilidad que no había visto y... ¿qué otra cosa podría hacer?

Sé que quise pensar, y lo logré pero duró poquísimo, en E2 aunque, tal vez por culpa de que tan intranquila como estaba no entendía que necesitaba más conocimientos, con muy pocas posibilidades de éxito porque, con aquellos nervios...

Casi ha vuelto a rimar, pero menos.

Y me di media vuelta y seguí deambulando y miré los perfumes, y los bolsos y los relojes y volví a los libros; a ojearlos y a colgármelos del hombro o el codo y a olerlos puestos en hora con la imaginación, y no al azar, en mi muñeca aunque bastante a bulto porque como no uso no tenía demasiada idea de *¿qué otra cosa podía hacer?...* Así, de un tirón y sin pausa ni tregua incorporándose a todo mi ahora y a todo mi yo de todo mi entonces.

Y lo dejé todo y me marché ya harta de todo de una vez a buscar la lasaña o la bandeja de los canelones o cualquier otra cosa fácil de calentar o de entender a la primera; algo que ofreciera una solución clara, o posibilidad única, o me obligara a tirar por fuerza por un sólo camino aunque fuera un pedregal o de zarzas pero cómodo, cómodo y sencillo que llevara a alguna parte, la que fuera, el lugar más inhóspito del mundo pero lejos, todo lo más lejos posible de aquel maldito *¿qué otra cosa podría hacer?* que no lograba borrar de mi pensamiento.